

La estrategia borbónica frente a la resistencia pehuenche. Fuentes escritas y arqueológicas (1780-1808).

Manara y Carla.

Cita:

Manara y Carla (2013). *La estrategia borbónica frente a la resistencia pehuenche. Fuentes escritas y arqueológicas (1780-1808)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/232>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 27

Título de la Mesa Temática: Sociedades indígenas y sistemas de dominación desde una perspectiva etnohistórica. Desde el Tawantinsuyu hasta la crisis del sistema colonial español.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Isabel Castro Olañeta y Ana María Presta

**LA ESTRATEGIA BORBÓNICA FRENTE A LA RESISTENCIA PEHUENCHE.
FUENTES ESCRITAS Y ARQUEOLÓGICAS (1780-1808)**

Carla Gabriela Manara

UNCo/CEHIR-ISHIR/CONICET

carlamanara@yahoo.com.ar

Durante las últimas décadas del siglo XVIII la franja fronteriza surandina que se extendía por Araucanía, noprdrpatagonia y pampas bonaerenses estaba dominada por poblaciones indígenas aun autónomas. Entonces este vasto espacio se convirtió en un objetivo puntual y de muy difícil resolución para la política borbónica. Específicamente, el noroeste de la actual provincia de Neuquén y el sur de Mendoza ocupada por poblaciones *pehuenche* era una región largamente codiciada por sus ricos y protegidos valles como por su privilegiada situación de nexo en circuitos mercantiles que cruzaban desde el Atlántico hasta el Pacífico.

La sostenida y férrea resistencia *pehuenche* al dominio hispano motivó a los funcionarios coloniales a implementar una particular política de “pacificación” para reorientar la habitual conflictividad en la frontera más austral de los territorios imperiales. El impulso reformista fomentó diversos mecanismos de interacción hispano-pehuenche los que paulatinamente introdujeron nuevos elementos en la dinámica del espacio fronterizo. Sin embargo, no se quebró –como se ha pretendido sustentar- la tradicional resistencia *pehuenche*.

En esta línea, proponemos una lectura articulada del proceso tardocolonial en la región fronteriza que estudiamos evitando los acostumbrados recortes regionales, temporales y étnicos impuestos a posteriori por las historias provinciales y las versiones nacionales de Argentina y Chile. ¿Cuáles fueron los canales de esta política de pacificación?; ¿cómo lograron hispanos e indígenas interactuar luego de décadas de enfrentamientos violentos?; ¿De qué modo estas nuevas relaciones afectaron la organización de la sociedad *pehuenche*? y ¿cómo siguió manifestándose la resistencia indígena?, son algunos de los interrogantes que buscamos responder.

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación mayor sustentado en un corpus documental heterogéneo y disperso previamente sistematizado. Contamos con informes gubernamentales; partes de comandancias de fronteras, actas de parlamentos y correspondencia entre lonkos y autoridades, entre otras fuentes. Sumamos una lectura etnohistórica sobre la base de crónicas diversas procedentes de misioneros, viajeros y funcionarios que transitaron por la región durante las décadas en estudio.

Asimismo, la reconstrucción histórica del contexto planteado se realizó mediante el análisis crítico y la confrontación de fuentes escritas y arqueológicas más el aporte bibliográfico pertinente. Con el propósito de avanzar hacia un abordaje interdisciplinario

indagamos en el registro arqueológico por lo cual recurrimos al sitio de Caepe Malal¹, un apropiado ejemplo de arqueología del contacto hispano criollo- indígena del siglo XVIII, a través del cual podemos corroborar muchos de los aspectos en estudio y conectar aristas aun poco conocidas del proceso de readaptación de los nativos del cono sur.

El interés borbónico en las fronteras australes

Durante la etapa de los Habsburgos y de los primeros Borbones no había existido una particular preocupación por los alejados territorios del sur ocupados por indígenas de férrea resistencia. Además la difícil geografía y los pocos réditos inmediatos que allí se podían obtener retardó los planes de conquista. De hecho, durante los dos siglos anteriores, los españoles se habían enfrentado reiteradamente con las parcialidades de la Araucanía y con los grupos *pehuenche* ubicados a ambos lados de los Andes sin lograr someterlos. En particular, los enfrentamientos con los araucanos habían sido muy violentos y de un alto costo para las arcas reales (Casanova Guarda 1987).

Las estrategias ofensivas, que inicialmente aplicaron los Borbones, fueron lentamente reemplazadas por tácticas defensivas en virtud de la realidad imperante. En este marco, se planeó una política de “pacificación” para aquietar las aguas en las regiones belicosas, por lo que las fronteras del cono sur pasaron a ser un objetivo en sí mismas. Sin embargo, en más de una oportunidad, las autoridades coloniales de Chile y Cuyo se vieron obligadas a modificar las políticas pensadas en España advirtiendo, de hecho, que las circunstancias demandaban soluciones más drásticas². Esto se desprende de lo manifestado en 1771 por Ambrossio O'Higgins, entonces Capitán de Chile, argumentando su total desacuerdo con la política defensiva que proponía la corona española³:

...al enemigo se doma i subyuga...por fuerzas de armas (lo que) por ahora tiene algún embarazo, supuesto la soberana disposición del Rey, de que se

¹ El paraje Caepe Malal, está situado a unos 32 kilómetros de la ciudad de Chos Malal, en el departamento homónimo, en el noroeste de la provincia de Neuquén, sobre el valle del río Curi-Leuvú.

² Riekenberg ha planteado que cuando llegaron las reformas al área del Río de la Plata se llegó a planificar el exterminio de los indios de esa área en la década de 1770 y que las elites de la frontera se opusieron a estos planes. Véase Riekenberg, M. “Aniquilar hasta el exterminio a estos indios...” Un ensayo para repensar la frontera bonaerense (1770-1830). En *Ibero-Americana Pragensia*. 30, 1996, pp. 61-75, citado por Weber 1998: 147.

³ Informe presentado por A. O' Higgins a Don Francisco Jabier Morales, con fecha 14 de octubre de 1771.

observase con estos infieles meramente la defensiva...(así) pueden...sin salir de sus tierras...insultar las fronteras y perturbar la paz que tanto recomienda el Soberano en estos dominios...(Alvarez, 1972: 82):

Buscar las estrategias más adecuadas para la pacificación fue un gran desafío para las autoridades borbónicas. Dada la situación, a mediados de siglo XVIII todavía quedaban en América del sur significativas franjas de tierras sin conquistar, como era la Araucanía, la Patagonia completa, las pampas y la vasta región del Gran Chaco. Con la nueva mirada de los Borbones estas extensiones de tierras pasaron a ser centros potenciales. Paulatinamente, se acrecentó el interés por ir más allá de las líneas demarcadas y el plan reformista se fue delineando a través de los imperativos de los espacios fronterizos.

En la década de 1780 el problema de las fronteras del sur americano ya estaba en primer plano y estas tierras comenzaron a ser valorizadas mientras la política diseñada alcanzó su punto más álgido. Una política más diplomática que militar permitiría intensificar las relaciones comerciales entre indígenas y españoles con beneficios mutuos. El renovado interés en las regiones de frontera es inseparable de los cambios políticos y económicos que aquella década trajo aparejada. La preocupación por una posible alianza de los nativos con los ingleses u otras potencias enemigas alentó a los funcionarios de la corona a gestionar la lealtad de los indígenas hasta entonces fuera del control imperial.

Las sociedades indígenas también habían introducido modificaciones a partir de las su larga experiencia frente al avance hispano. Habían aprendido a defenderse y a reaccionar ante cualquier intento de sometimiento, habían adoptado nuevos elementos de los españoles reelaborando sus modos de acción. La permanencia de sociedades tribales ponía a la Corona frente un enemigo “salvaje” cada vez más efectivo, frente al cual las pautas conocidas nunca eran suficientes para controlarlo. Los mecanismos de alianzas y de negociación fueron determinantes para sobrellevar los conflictos fronterizos por esto, para 1880 las fronteras sudamericanas estaban en el centro de atención.

Lo dicho, induce a repensar los enfoques tradicionales de las fronteras indígenas. Las posibilidades analíticas son más amplias si enfocamos el problema desde una perspectiva dual. Es decir, como bien ha interpretado Weber (1998) coexistían dos ópticas en juego. Por un lado, la de los españoles que veían a los indígenas como los ocupantes de las fronteras del imperio en el Nuevo Mundo y por otro lado, la de los propios indígenas, para quienes los españoles eran los que ocupaban los territorios circundantes a sus dominios. El enfrentamiento entre unos y otros en defensa de sus espacios e intereses provocó una

permanente necesidad de negociar con los que dominaban más allá de las respectivas líneas de frontera. En este plano, las negociaciones revisten un renovado significado. Desde nuestra perspectiva, los cambios deben ser vistos en conjunto y en forma articulada.

Todo el cúmulo de experiencias fracasadas en espacios de fronteras orientó a innovar las estrategias de acercamiento. Los cambios en la situación internacional impulsaron a la Corona a volver su mirada hacia los territorios que se encontraba a sus espaldas, tal como era el amplio al sur del río Bio Bio como al sur del río Salado en el otro extremo del sur continental. La paulatina liberalización del comercio colonial tuvo incidencia también en los circuitos comerciales interregionales tradicionales pero no llegó a afectar en demasía a los circuitos que estaban bajo el control de los indígenas “fronteras adentro”.

La política reformista borbónica tenía como objetivo lograr una conveniente pacificación orientando hacia una paulatina dominación de los grupos autónomos hasta incorporarlos al sistema colonial. En este sentido la política apuntaba a que las fronteras dejaran de ser un blanco de guerra para convertirse en un espacio articulador y conciliador de intereses de la Corona, de los particulares y de los indígenas. Con este fin la política virreinal propició estrategias más diplomáticas que militares las que siguieron su curso hasta la primera década del siglo XIX. Ya en el contexto revolucionario, los avances borbónicos en temas fronterizos parecen haber sido efectivo ya que la mayor parte de los *pehuenche* se mantuvieron ligados a los realistas en defensa de los derechos y beneficios logrados a través de los acuerdos firmados que ahora los nuevos gobiernos amenazaban con desconocer.

Fronteras en movimiento

Asumimos a las fronteras como espacios sociales y en movimiento. Así entendemos que el análisis de cualquier sociedad es inseparable de dos variables esenciales: el espacio y el tiempo. Lejos de un determinismo, las sociedades no pueden entenderse separadas del medio en que se desenvuelven. Las condiciones geográficas y ecológicas ofrecen posibilidades y limitaciones y los hombres actúan permanentemente en ese medio, sea para aprovechar sus recursos o superar sus limitaciones, transformándolo a lo largo del tiempo. Asimismo es inseparable de su ubicación en el tiempo y de contextos históricos más amplios por el cual esa sociedad se constituyó como tal. (Mandrini y Ortelli 1992: 17).

Nuestro centro geográfico es el actual territorio neuquino históricamente integrado a un espacio mayor, formado por la el sur mendocino, la Araucanía, las Pampas y la Patagonia argentina. En este espacio articulado, la franja del noroeste neuquino, específicamente los actuales departamentos neuquinos de Minas, Chos Malal, Ñorquin y Loncopué, adquirieron connotaciones muy significativas al presentarse como nexos entre la Capitanía de Chile y el virreinato del Río de la Plata.

Hacia fines del siglo XVIII todo el noroeste de las "Tierras del Triángulo", como se conocían entonces la actual provincia de Neuquén⁴, estaban controladas por grupos *pehuenche* autónomos del poder español. Las cuencas de los ríos Reñileuvú, Curileuvú, Neuquén, Varvarco y Agrio concentraban la población pehuenche que habitaba la región de larga data. Los proyectos de exploración y colonización se sustentaban en razones de peso. Por un lado, la riqueza de los protegidos valles andinos, como los de Varcarco y lagunas de Epulafquen, que garantizaban la entrada a las tierras patagónicas y por otro lado, la existencia de los pasos más aptos para la comunicación trasandina.

En su conjunto estos segmentos interactuaban a través de redes parentales y circuitos mercantiles. En tal sentido, consideramos a la región como un espacio abierto y en construcción, sin límites geográficos o políticos a priori que resultan inadecuados para la comprensión cabal de los fenómenos socioeconómicos que se hacen ininteligibles ante la rigidez de un espacio porque nunca comienzan y terminan en él (Bandieri 1993: 111).

Una alianza estratégica

Para las innovadas estrategias de los Borbones, el apoyo de los *pehuenche* fue necesario a la vez que estratégico. El interés de los funcionarios borbónicos en el norte neuquino incentivó la alianza hispano-pehuenche forjada por el Gobernador y Comandante de Armas y Fronteras de Mendoza, José Francisco de Amigorena y Ambrosio O'Higgins desde Chile. A través de esta alianza se establecieron derechos y obligaciones mutuas para pacificar una frontera altamente conflictiva. Contemporáneamente, Francisco de Viedma concretaba la instalación del fuerte del Carmen de Patagones en la desembocadura del Río Negro, punto estratégico del dominio hispano sobre el frente atlántico para el sostén de las relaciones con los indígenas patagónicos.

⁴ La forma triangular deviene de la cordillera de los Andes al oeste y la confluencia de los ríos Neuquén y Limay por el este.

La alianza hispano-pehuenche requirió de varios mecanismos simultáneos pensados para fortalecer los nuevos lazos y los compromisos asumidos por ambas partes (Casanova Guarda 1986). De una u otra forma, cada instancia acordada verifica la intención de la conquista hispana de forma gradual y menos agresiva. La política de atracción e incentivos indujo a los jefes nativos a modificar su status para reposicionarse frente al invasor. Si bien gran parte de los lonkos *pehuenche* aceptaron los acuerdos como estrategia no hubo un consenso unánime por lo tanto, los que se negaban a firmar provocaban disidencias y conflictos internos. Asimismo, las parcialidades *huilliche* enemigas ubicadas al sur del territorio neuquino no solo rechazaron el acuerdo con los hispanos sino que fueron el motivo principal de que los *pehuenche* lo aceptaran. Vemos a continuación cuáles fueron y en qué consistieron los mecanismos de la renovación borbónica.

Los agentes intermediarios

Una de las pautas prioritarias fue entonces la regularización de los compromisos asumidos con la sociedad indígena para estrechar los vínculos políticos. Una mejor comunicación permitiría controlar la situación de la frontera. Esto implicó quitar funcionarios corruptos y reforzar el rol mediador de los lenguaraces y capitanes de amigos, hasta entonces válidos como árbitros o jueces hacia el interior de la sociedad indígena.

Tal empresa tuvo sus limitaciones. El rol de los intermediarios (lenguaraces, capitán de amigos, secretarios) fue un factor determinante aunque su intervención muchas veces fue conflictiva, contribuyendo más a alterar los ánimos que a erradicarlos. Tenían un cargo militar y debían guiar a las reducciones amigas contra las rebeldes comprometiéndose en un juego artero para indisponer a unas parcialidades contra las otras.

Cierta oficialidad inferior como los comandantes de fuertes y los capitanes de amigos y hasta los lenguaraces difundían rumores para mal predisponer a unos grupos contra otros. Junto a los caciques gozaban de una autoridad muy grande porque eran los intermediarios para entenderse con los blancos y en particular con las autoridades. Estos intermediarios por su condición habitual de mestizos, se movían muy bien por los diferentes espacios fronterizos y solían convivir largos períodos entre los indígenas, conocían su lengua y estaban muy adaptados a interceder por ellos ante las autoridades,

por lo que era común verlos enredados en conflictos difíciles de desentrañar y participando de las actividades de los indios para ganar su confianza.

El rol de los capitanes de amigos, que dependían de los comisarios de naciones, fue de vital importancia para las relaciones interétnicas pero fueron asumiendo cada vez más poder, generando redes de influencias muy amplias.

Se debe prestar atención también a los caciques amigos, a los cuales se les reconocía como autoridades legítimas y se les trataba con deferencia y se les obsequiaba cuando acudían a los puestos fronterizos. Además, fueron reconocidos como caciques gobernadores de sus distritos y se les dotó de un sueldo, equivalente al de soldados, aspecto que les dio prestigio a la vez que los diferenciaba. Como vemos, desde fines del siglo XVIII la dinámica del mundo fronterizo respondía a lazos institucionales.

Negociaciones a través de parlamentos

Durante la segunda mitad del siglo XVIII se incrementaron los parlamentos como instancia diplomática. Este era un mecanismo de entendimiento, poniendo en contacto a los representantes de ambas partes en un tono de igualdad, en carácter de dos naciones vasallas del rey. Estos acuerdos, según afirma Jorge Pinto Rodríguez (1996) eran ceremonias rituales que mantenían el equilibrio y aseguraban cierta tranquilidad.

A través de los parlamentos se reconoció a los lonkos como legítimos soberanos de sus territorios y se les asignó un sueldo correspondiente a la jerarquía militar. En ocasiones las autoridades virreinales recurrieron al mecanismo de elegir al cacique-gobernador, promoviendo a los caciques con honores, agasajos, regalos y títulos con la idea de privilegiar algunas cabezas para el diálogo y evitar el inconveniente de tratar con todos los lonkos de igual jerarquía. También se acordó que las comitivas indígenas se llegaran hasta Buenos Aires a recibir sus raciones y así lo hicieron desde lugares alejados como las Salinas o desde la Patagonia⁵. Todo formaba parte de una estrategia global para asimilar directa y pacíficamente al indígena a la sociedad colonial. Estas modalidades fueron acentuando la jerarquización, la distribución del poder y del prestigio entre los indígenas (Méndez Beltrán 1982).

⁵ Muchos caciques patagónicos recibían los agasajos en carmen de Patagones. Cabe citar a Villarino (1782) que en su paso por el sur de Neuquén, se entrevistó con el cacique Chulilaquín del Collón-Cura, que iba camino al fuerte a recibir sus regalos.

Cooperación militar

La violencia que generaban las luchas intestinas entre grupos de la Araucanía, Pampa y Patagonia era una de las principales causas de la inestabilidad en los dominios sudamericanos. Sue prioritario proporcionar ayuda militar a los *pehuenche* aliados para poner fin a estos conflictos y así poder mantener a los indígenas en su propio habitat. Estando éstos ocupados en resolver sus rivalidades disminuía la potencial amenaza para las poblaciones y haciendas. El informe que el mismo Amigorena envió al Virrey Marqués de Loreto (13 de enero de 1789) fue muy explícito cuando solicitaba recursos para mantener la alianza de los pehuenches fomentando que estos se enfrentan a los huilliches y así los alejaba de las fronteras:

...para que a la llegada de los caciques pueda yo cumplirles todo lo prometido y alentarlos para lo sucesivo, que es el modo de conservarlos en la guerra, pues es constante que desde que los he indispuerto, en que he trabajado no poco, han cesado las irrupciones en nuestra frontera, con lo que logran algún alivio los moradores de la campaña y aun los pueblos inmediatos a ella, y es muy conveniente seguir con esta máxima por lo que nos demuestra la experiencia . (Alvarez 1972: 130)

Los pactos incluían la cooperación contra enemigos comunes y la conciliación o intervención en conflictos intertribales. En medio de tradicionales luchas intestinas la corona apoyó a los *pehuenche* para neutralizar a sus enemigos *huilliche*. Esto se corrobora en el acta levantada en el parlamento a orillas del Salado en 1787 entre el Comandante de Armas y Fronteras de Mendoza, José Francisco Amigorena, y la “Nación Pehuenche”. En estas circunstancias éstos se reconocían como legítimos vasallos dispuestos a colaborar frente a las hostilidades de otros grupos recibiendo a cambio ayuda militar para combatir a sus enemigos huilliches y ranqueles con los que mantenían tradicionales luchas intestinas⁶. Asimismo constituyeron un freno para el avance de los araucanos dado el control efectivo que ejercían sobre los pasos fronterizos. De este modo, la alianza de numerosos lonkos *pehuenche* a la política borbónica fue significativa para la pacificación de una frontera aguerriada.

Permisos de tránsito

Si bien durante el siglo XVIII la sociedad indígena y la hispano-criolla mantuvieron relaciones comerciales fluidas, los nativos no permitieron la instalación de

⁶ Acta del Gran Parlamento a orillas del Río Salado efectuado el 11 de octubre de 1787.

fortines ni autorizaron la presencia permanente de funcionarios, sacerdotes o hacendados dentro del territorio que hoy ocupa la provincia de Neuquén. El ingreso a estas tierras estaba estrictamente controlado y sólo a través de salvoconductos o acuerdos previos, algunos viajeros y misioneros pudieron transitar los dominios de los caciques principales. Así se promovieron las reiteradas incursiones de viajeros, funcionarios, misioneros y exploradores de variadas procedencias por estos lares, cuyas crónicas son hoy valiosas fuentes para reconstruir el proceso en estudio.

Para la realización de un viaje por tierras neuquinas o durante la celebración de un parlamento se solía entregar abundantes regalos a los indígenas. En el primer caso para obtener su consentimiento y en el segundo, para lograr su asistencia y ayuda en el recorrido. Recordemos la pormenorizada descripción que hizo Don Luis de la Cruz acerca de los regalos que debió entregar a lo largo de su recorrido por tierras *pehuenche* y ranqueles (De la Cruz, 1969), estrategia imprescindible para asegurar su tránsito.

Como tratamos de mostrar, la historia de los *pehuenche* del noroeste neuquino está estrechamente ligada a este proceso de reformulismos borbónicos de fines del siglo XVIII. Los patrones de asentamiento tribal fueron cambiando gradualmente e incorporando nuevos elementos que a su vez modificaron muchos de los aspectos preexistentes. Así, paulatinamente, el mundo indígena fue adaptándose frente a la presión del orden colonial sin dejar de resistir al avance. Más aun, creemos que las readaptaciones fueron parte de la estrategia de resistencia. La permanente relación entre ambas sociedades, no fue sólo producto de las circunstancias sino un requisito indispensable para la negociación y una obligada necesidad para posicionarse una frente a la otra.

La incidencia franciscana

La acción misionera de los jesuitas había sido muy importante en las regiones de frontera hasta que se viera trunca por la expulsión de la orden en 1767 en el marco del renovado absolutismo borbónico. Cabe recordar la impronta del jesuita Bernardo Havestadt (1752) quien procedente de Chile ingresó en tierras *pehuenche* en tiempos del gran cacique Manquel y escribió por primera vez sobre el norte de Neuquén.

Con la expulsión la tarea pasó a manos de los franciscanos que tenían como centro de operación misional en la Araucanía al Colegio de Propaganda Fide de

Chillán⁷. Los Franciscanos como representantes del centralismo borbónico se abocaron a un nuevo proyecto de evangelización y educación en la periferia del imperio. Chile recibió tardíamente a los misioneros de Propaganda, quienes recién en 1756 establecieron uno de sus colegios, instalado en el edificio del convento franciscano existente en el villorrio de Chillán (Casanova Guarda 1988; Arriagada Cortés 1992; Valenzuela Márquez 2005). La labor de los frailes se esparció por el espacio urbano como en el mundo rural y no tardo en cruzar el río Bio Bío así como internarse en la precordillera habitada por los *pehuenche*, donde se busco fundar misiones, como el Fray Pedro Angel Espiñeira (1758).

Cabe tener presente que por incidencia de la alianza hispano-pehuenche la Corona avaló el accionar misionero de los franciscanos por lo que los lonkos *pehuenche* aliados entraron en contacto con ellos y permitieron las entradas temporales de los mismos. Sumado a los parlamentos y al incentivo del intercambio comercial, el accionar de los franciscanos del colegio de Propaganda Fide de Chillán fue relativamente efectivo en cuanto a fomentar el culto católico y la fidelidad hacia la Corona en los indígenas, pero contribuyó al plan general de la pacificación.

Incentivo comercial

La política borbónica planificó estrategias para un avance pacífico sobre los grupos aún no sometidos tanto en la frontera de la Araucanía como sobre la nueva frontera del Salado. Como las experiencias anteriores habían fracasado, se puso especial énfasis en estimular las prácticas del intercambio tradicional en las fronteras porque éstas podían garantizar la paz entre las partes. Así el comercio fronterizo sirvió para impulsar el crecimiento económico, siempre que mediara la paz. Cualquier factor de tensión afectaba directamente el funcionamiento de dichos circuitos, de allí la permanente necesidad de realizar acuerdos mediante parlamentos, tratados y regalos. El rol de intermediarios que asumieron los *pehuenche* en el funcionamiento de tales circuitos fue en función del control efectivo que estos tenían sobre los pasos

⁷ Desde 1678, comenzaron a fundarse en España los llamados "Colegios de Propaganda Fide", destinados a reunir y formar religiosos para misionar en América y en Asia. Estos colegios vinculados estrechamente a la política imperial de la península, y no estaban sujetos a la estructura ordinaria de los franciscanos, sino que dependerán directamente de la Congregación de Propaganda, en Roma.

cordilleranos y sobre campos ideales para el pastoreo y resguardo de personas y animales. Estos recursos les proporcionaron una notable capacidad de negociación con los hispanocriollos.

La correspondencia de los capitanes de los fuertes que hacen referencia a las comitivas de indios que se dirigían a Buenos Aires a comerciar sus productos en lugares apropiados y prefijados, dan cuenta que también llegaban en verano partidas de indios chilenos y cordilleranos a intercambiar ponchos, mantas y chapeados por yeguas, vacas y caballos. De esta manera ese intercambio acentuaba la dependencia de un grupo frente al otro, de allí la necesidad mutua de negociar las diferencias para equilibrar las fuerzas en el espacio fronterizo.

A su vez el intercambio con los nativos era una fuente necesaria para el abastecimiento de la sociedad hispanocriolla fronteriza. Por lo tanto se trató de mantener vigentes los circuitos comerciales desprendidos del espacio fronterizo, con la idea de que los grupos que se habían beneficiado no vieran alterados sus intereses, garantizando así el statu quo.

Resulta interesante observar cómo durante las dos últimas décadas del siglo XVIII los indígenas no sólo aceptaron la paz con los hispanocriollos, sino que también tendieron a buscarla. La posibilidad de un mayor intercambio y colocación de sus productos en las plazas y fuertes españoles y, por supuesto, la abundante cantidad de raciones recibidas, resultaban altamente beneficiosos. La paulatina diferenciación social que se fue operando en la sociedad indígena fue demandando una mayor cantidad de bienes exóticos de origen europeo, utilizados como símbolo de prestigio y riqueza. La paz era un buen camino para obtenerlos. La pacificación producto de arduas negociaciones, en definitiva, fue un buen negocio para ambas partes.

En la primera década del siglo XIX, Don Luis de la Cruz cruzó desde Concepción hacia las tierras pehuenches para dirigirse a Buenos Aires verificó y en el relato de su viaje da cuenta de muchos de los aspectos ya comentados⁸. El viajero confirmó así el pleno funcionamiento de los circuitos mercantiles y el rol de intermediarios de los pehuenches y pudo observar el intenso conchavo entre blancos e indios y la gran circulación de bienes hacia ambos lados de la cordillera (Varela y Bisset 1991, 1992). También dio cuenta de la cantidad de ganado que circulaba por las tradicionales rastrilladas activando las redes de

⁸ Sobre el viaje de De la Cruz véase VARELA, Gladys: "El viaje de Luis de la Cruz a través de tierras pehuenches del Neuquén". En: AGUERRE, Ana M. y TAPIA, Alicia (comp.) *Entre médanos y caldenes de la pampa seca. Arqueología, historia, lengua y topónimos*. Bs. As., UBA, 2002.

intercambio. La sal seguía siendo un bien muy apreciado y los caciques poseedores de minas y salinas aumentaban su prestigio⁹. Dentro de los pocos registros disponibles que muestran la magnitud de este intercambio al otro lado de la cordillera, donde los hispanos-chilenos acudían a realizar las transacciones, encontramos un documento fechado en 1795 en Los Ángeles, haciendo referencia a una gran salida de 364 pehuenches y unos 30 chilenos a través de los boquetes de Antuco y Villacura. Los nativos llevaron 838 animales entre caballos y mulas para el transporte de 92.805 kilos de sal que intercambiaron por 74.635 kilos de trigo y 18 cargas de vino y algunas baratijas. Llevaban además 921 cabezas de caballos y 65 mantas¹⁰. Es de suponer que existía una venta ilegal de productos que no fueron registrados por las autoridades, sobre todo buena cantidad de aguardiente y vino que los *pehuenche* habrían conseguido en esa oportunidad.

Con el tiempo, los indígenas sumaron a la sal otros bienes esenciales como los tejidos y los ganados, que aportaron gran rédito a la economía de las tolдерías e incrementaron los beneficios del trueque. La magnitud alcanzada en este rubro es evidente cuando al finalizar el siglo XVIII en la frontera chilena, podía calcularse que circulaban unos 60.000 ponchos al año (León Solís 1990: 177-221). La buena calidad de estos tejidos hizo que su uso se popularizara entre los pobladores rurales de Chile y aumentara la demanda de la producción textil. Esto fue aprovechado por los mismos indígenas para trocar los codiciados tejidos por armas. Ante esto, las autoridades declararon ilegal este tipo de comercio pero como éste siguió efectuándose finalmente se prohibió el uso de los ponchos indígenas, bajo pena de confinación en la isla de Juan Fernández.

La población *pehuenche* practicaba una economía pastoril. Las fuentes del noroeste neuquino mencionan y describen los cuidados de las haciendas y hasta la

⁹ Desde los inicios de la conquista, la demanda de este preciado producto estimuló a las autoridades del Chile colonial a organizar arduas expediciones hacia el este de la cordillera. La búsqueda de sal implicaba la salida de grandes caravanas con recuas de mulas que, durante la primavera y el verano, cruzaban la cordillera para internarse en territorio indígena. Esto llevaba varios meses de preparación pues era necesario conseguir previamente una autorización o salvoconducto de los caciques y convenir la forma de pago. Uno de los primeros registros que tenemos data de 1553, cuando el Capitán Pedro de Villagra realizó desde la Imperial una expedición al otro lado de los Andes con la intención de buscar unas salinas, porque esta era "*cosa bien menesterosa y necesaria para la dicha ciudad y provincia por falta que de ella hay*"⁹. La sal era un excelente recurso para el trueque y según el padre Espiñeira hasta los caciques principales realizaban el intercambio: "...por tener que salir con su sal a buscar trigo para su manutención del invierno"⁹.

¹⁰ Documento de la Biblioteca Nacional de Chile, Fondo Medina, citado por VILLALOBOS 1995: 128.

existencia de procedimientos de mejora de los rodeos. Por ejemplo, De La Cruz dio detalles acerca del cacique pehuenche Treca, como el “indio más rico” que “tiene mucha hacienda y el cuidado de mantener divididas las manadas de yeguas según los colores, y lo mismos el ganado lanar” (De la Cruz 1969: 435). Estos bienes circularon como monedas de intercambio tradicional en los circuitos de comercialización, permitiendo a los nativos obtener una diversidad de bienes que no producían generando a su vez redes y compromisos interétnicos.

La ampliación de los circuitos de intercambios

La experiencia hispana en áreas de fronteras había confirmado el valor que tenía el comercio para controlar y atraer a los indígenas. La estrecha relación entre las sociedades de la Araucanía, nordpatagonia y las pampas argentinas venía dándose al menos desde el siglo XVII. La articulación de estas regiones estaba dada por la dinámica de los grupos interactuantes. En este espacio integrado, el mundo indígena se relacionó con el del hispanocriollo en torno a circuitos comerciales que a fines del siglo XVIII estaban consolidados (Varela y Bisset 1992, León Solís 1990; Varela y Manara 1999).

Esto estaba muy claro para el ya mencionado Ambrosio O'Higgins quien como autoridad del sur de Chile intentó ajustar la política intervencionista en pro de dinamizar la economía chilena. El objetivo de mantener activo el intercambio tenía una proyección muy amplia. Por un lado, se respondía a la demanda de productos que hacían los nativos y se mantenía el propio interés de éstos para convertirlos en consumidores y productores. (Weber 1998). Las redes indígenas entraban en contacto con las redes capitalistas fomentando la integración económica regional. (Pinto Rodríguez 1998)

La reactivación de los circuitos durante la última etapa de la colonia no estuvo ajena a la naciente industria peninsular y la pretensión de colocar sus productos en las colonias impulsaron la apertura de nuevos puertos y mercados. Desde esta óptica, resultaba beneficioso que los indígenas produjeran bienes para el intercambio mientras que no plantearan competencia con los productos europeos. Así, el comercio fronterizo sirvió para impulsar el crecimiento económico siempre que mediara la paz. Cualquier factor de tensión afectaba directamente el funcionamiento de dichos circuitos.

En el último cuarto del siglo XVIII, los circuitos ganaderos se complejizaron por la creciente demanda desde la Araucanía y por la exportación significativa de carnes saladas, sebos y cueros que manufacturaban los hacendados transcorderos.

ampliando las redes capitalistas. Los *pehuenche* cumplían el rol de intermediarios por disponer de los valles de pastoreo y los pasos andinos para el traslado a las haciendas y ferias trasandinas. La gran demanda de ganado movilizaba complejos arreos de ganados por las rastrilladas “fronteras adentro” y recibían a cambio cereales y productos manufacturados de índole sumamente variada y en cantidades considerables (Varela y Bisset 1991; Varela y Manara 1999).

En las transacciones realizadas al oeste andino, los *pehuenche* de Varvarco no sólo llevaban animales sino también sal y tejidos, elementos muy bien apreciados en aquellos tiempos. La primera por su escasez en Chile y los segundos por la excelente calidad de los ponchos indígenas que se impusieron como prenda habitual entre los habitantes del campo chileno. Mantas, ponchos y chamales, también eran ubicados entre las tribus pampeanas, canjeándolos por haciendas que luego comercializarían en Chile. También trataban con conchavadores chilenos que ingresaban a tierras indias con caravanas repletas de productos para intercambiar en las tolderías. Una vez entregadas las mercancías demandadas, preferentemente armas, bebidas, chaquiras, tijeras, cuchillos, estribos, entre otras tantas, regresaban arreando el ganado obtenido a modo de pago.

Interacciones interregionales

Sobre lo dicho en el apartado anterior, advertimos que tales circuitos indígenas trascendían la escala regional. La inserción de los *pehuenche* como intermediarios de vastos circuitos mercantiles sobre la base del arreo de ganados resultaba funcional al nuevo orden borbónico que diseñó la apertura de nuevos puertos para dinamizar las economías regionales. Pese a los marcados síntomas de crisis en el siglo XVIII y los vaivenes económicos, todavía es posible pensar en Potosí como un rentable mercado para las economías regionales. La vigencia de las exportaciones chilenas garantizaba la articulación del noroeste neuquino.

Decimos esto vinculando la dinámica de la Araucanía, nordpatagonia y pampas al espacio peruano como unidad económica, siguiendo el modelo de Carlos Sempat Assadourian (1982). Observamos que la mercantilización del espacio mayor contribuyó a la especialización de los segmentos regionales dentro de él. Se produjo una situación paradójica a partir de Buenos Aires y Santiago de Chile como “polos de arrastre” del poder colonial competían por el recurso ganadero mientras enfrentaban por igual el problema indígena en sus fronteras del sur. Si bien en el siglo XVIII la influencia directa

del mercado minero potosino había decaído, el Alto Perú registraba un crecimiento de población y una expansión de la producción agrícola y muchas de las "áreas periféricas" generaban ahora su propia demanda. Todo lo cual estimuló y preservó el acceso a los ganados y productos derivados a través de los circuitos tradicionales indígenas.

La mercantilización de diversas regiones del espacio peruano, no se retrotrajo uniformemente por la declinación del centro minero. A tal punto, que regiones que habían estado de algún modo conectadas a las áreas periféricas tuvieron otras alternativas. Chile siguió exportando ganado en pie y derivados articulando al segmento andino para proveerse de los animales. Los circuitos comerciales tomaron otros rumbos, también a larga distancia para abastecer a mercados lejanos pero ya, sin tanta dependencia de la industria minera.

La región surandina (Potosí, La Paz, Charcas, Arica, Arequipa, Cusco y Cochabamba), a fines del siglo XVIII era la zona más mercantilizada de los virreinos del Perú y del Río de la Plata. Estas zonas productoras cuyo desarrollo agrario y manufacturero había respondido directamente a las demandas de Potosí, no se retrotrajeron uniformemente ante la caída del centro minero. Al respecto, es importante destacar, que la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776 no modificó la articulación mercantil de la región surandina que vinculaba a territorios que quedaron a uno y otro lado de la división administrativa. Estas economías regionales pudieron constituir un considerable mercado para las exportaciones chilenas.

La exportación de cueros ya era un producto privilegiado en las exportaciones de la Capitanía de Chile desde el siglo XVIII. Antes de que terminase el período colonial, las exportaciones ascendían a más de un millón de cueros anuales y había surgido la nueva actividad de embarcar carne de vacuno salada hacia Europa y el Caribe, como se afirma a continuación:

Los vastos rebaños de ganado salvaje o cimarrón que cubrían las llanuras de Argentina, Uruguay y del Brasil noreste, largo tiempo considerados como de casi ningún valor, al principio sólo por sus cueros, se estaban ahora convirtiendo en un artículo de exportación. La creciente Europa de la revolución industrial necesitaba más cuero no sólo para zapatos y sillas de montar, sino también para las partes móviles de sus máquinas. La exportación de cuero pasó a ser un motor de la economía(...) en el decenio 1770, Buenos Aires exportaba 15.000 cueros al año. (Lockhart y Schwarts, 1993: 313)

El costo de la pacificación

La política de pacificación tuvo un alto costo y los gastos se sumaron al fondo del real situado destinado a las fuerzas militares de las fronteras. Los montos invertidos en obsequios para los caciques encontraban algún aliciente al lograr la desmovilización de éstos. Las autoridades coloniales sabían con certeza que ante la falta de recursos suficientes se ponían en riesgo las lealtades obtenidas. Asimismo el desarrollo de una economía ganadera al interior de la sociedad indígena hizo que el recurso del malón disminuyera, factor que jugó a favor de los hispanocriollos (Mandrini 1992; Mandrini y Reguera 1994) Todo contribuyó para el ansiado equilibrio de las fuerzas permitiendo que la pacificación fuera posible, aunque la fragilidad y la inestabilidad de los acuerdos pusieron a prueba la capacidad de mantenerlo (Varela y Manara 2003).

Resulta interesante observar que durante las dos últimas décadas del siglo XVIII los lonkos aliados no sólo aceptaron la paz con los hispanocriollos sino que procuraron mantenerla. Los tiempos de paz alentaban el intercambio; la colocación de sus productos en las plazas y fuertes españoles, así como la obtención de raciones y regalos tributados por las autoridades. En este orden, se garantizaba el cumplimiento de las pautas acordadas entre las partes y los lonkos mantenían la autonomía y el control de sus tierras frenando el avance abrupto de las fuerzas españolas. La paulatina diferenciación social que se fue operando en el seno de la sociedad indígena fue demandando una mayor cantidad de bienes exóticos de origen europeo, utilizados como símbolo de prestigio y riqueza (Mandrini 1998). La paz era un buen camino para obtenerlos. La pacificación, producto de arduas negociaciones, permitió negociar en mejores condiciones.

Con el tiempo, los grupos nativo se convirtieron paulatinamente en los intermediarios necesarios para el funcionamiento del gran circuito ganadero que vinculaba la pampa húmeda con las plazas chilenas. Estos cambios se vieron reflejados en los patrones de asentamiento y en el manejo territorial especialmente en el norte donde se asentaban los grupos pehuenches, donde la trashumancia se convirtió en una práctica tradicional, que aún está vigente entre los actuales crianceros. El patrón de asentamiento adquirió características puntuales en el siglo XVIII. Por entonces, la zona norte del Neuquén estaba poblada por tolderías que se diseminaban a lo largo de los valles y es probable que cada unidad dispusiera de amplios territorios, permitiendo la rotación de pasturas sin necesidad de grandes desplazamientos, posibilitando una permanencia relativamente estable en dos o tres campamentos a lo largo del año para la

práctica de la transhumancia (veranada e invernada). Contribuyó a esto la condición ecuestre de los pehuenches, que les permitió controlar rodeos que pastaban en valles relativamente alejados de sus tolderías (Varela y Biset 1991).

El aporte de la arqueología

En vista de lo ya expuesto, encontramos en el ámbito de la arqueología un campo propicio para una mayor indagación. Como recurso metodológico, articulamos y confrontamos a la información histórica, los aportes brindados por la arqueología. Este trabajo interdisciplinario se basa en el hallazgo de un cementerio pehuenche en Caepe Malal de fines del siglo XVIII y principios del XIX. La conjunción de datos materiales y escritos nos permitió una mejor comprensión de los cambios producidos en la sociedad indígena a causa del contacto con el mundo hispano-criollo y de la incidencia de las reformas bornónicas en la últimas tres décadas del siglo XVIII. Asimismo, la confrontación de hipótesis generadas a partir del estudio del registro arqueológico con fuentes documentales ha producido un interesante correlato con la información etnohistórica (Varela y Biset 1991, 1992 y 1993).

Una relectura sistemática de los estudios realizados desde que se halló en Caepe Malal en 1984 nos permitió en primera instancia identificar la correlación de los datos etnohistóricos. Las investigaciones del sitio avanzaron significativamente durante los primeros años del proyecto hasta que por ciertas razones personales, otras de carácter económico y también académicas quedaron prácticamente suspendidas. Desde mi punto de vista han quedado varias cuestiones pendientes que ameritan ser retomadas con nuevas inquietudes a la luz de los nuevos avances sobre la región en estudio.

Partimos de la idea de que el rescate de elementos culturales que despliega un sitio arqueológico también deriva en el rescate de un hecho social, el relato de un hecho histórico concreto, tanto como el que se escribiría en una hoja de papel, en un documento escrito que busca el historiador, como señala Lumbreras (2004). El sitio arqueológico Caepe Malal está ubicado en el paraje homónimo, en el valle del río Curi Leuvú (Departamento de Chos Malal, Provincia del Neuquén). Caepe Malal, es uno de los sitios arqueológicos más significativo del contacto hispano indígena que se hayan descubierto en la Patagonia Argentina. La evidencia arqueológica que fueron oportunamente analizadas han permitido reconstruir numerosos aspectos del intenso

intercambio y mestizaje cultural que se produjo en esa época entre las parcialidades nativas del noroeste neuquino y la sociedad hispano-criolla de la región de Cuyo y de Chile.

En definitiva, los informes elaborados sobre los restos materiales del sitio de Caepe Malal pertenecientes a la cultura pehuenche en este caso, verifican los patrones de asentamiento que detectamos a través de las crónicas y nos permiten indagar en los comportamientos sociales y mecanismos políticos de las sociedades nativas resistentes al poder colonial pero no exentas de los contactos con las mismas, especialmente en el marco de la política borbónica.

Caepe Malal en su entorno

Se trata de un cementerio indígena *pehuenche* que fue utilizado en los siglos XVIII y XIX. Fue descubierto casualmente en el mes de noviembre de 1984 durante las excavaciones correspondientes a la apertura de un canal de riego, producto de lo cual se dispersaron y fragmentaron muchos de los restos del sitio¹¹. El paraje Caepe Malal está situado en el noroeste de la provincia del Neuquén, a unos 32 km. de la ciudad de Chos Malal, en el departamento homónimo. Se localiza en la margen derecha del río Curi Leuvú, próximo a la ruta provincial N° 41 que conduce al paraje Tricao Malal. En la actualidad la población rural utiliza esta zona como campos para invernadas, en verano trasladan los rebaños hacia las zonas más altas y montañosas del oeste.

Las coordenadas geográficas correspondientes son 37° 10' latitud Sur y 70° 24' longitud Oeste. Se estima que la extensión total del sitio abarca más de 400 m², hasta 1991 se había excavado una superficie de 50 m². El entorno del sitio es montañoso con vegetación arbustiva y herbácea del ámbito xerófilo, entre las especies presentes se destacan: algarrobo, jarilla, chañar, coirón, entre otras. Climáticamente, el área es seca y muy calurosa en verano; fría y con precipitaciones pluviales en los meses de invierno.

El sitio está ubicado en un suave faldeo que baja hacia el río Curi Leuvú. Estratigráficamente el sitio presenta tres niveles diferenciados: el superior está constituido por sedimentos de tonalidad grisácea que fueron redepositados durante las obras destinadas a la construcción del canal de riego. Mezclados con el relleno suelen aparecer algunos materiales arqueológicos. El segundo nivel es de color beige grisáceo. No está alterado y

¹¹ La primera evaluación del sitio y de los materiales fue realizada ese mismo año por el Lic. Adan Hajduk (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-CONICET), a solicitud de las autoridades del área de cultura de la provincia del Neuquén.

es estéril en su porción superior. A mayor profundidad se encuentran restos arqueológicos en distintas concentraciones lo que sugiere que se trata de un aparente piso de ocupación. Los materiales consisten principalmente en restos de caballo articulados, tiestos, cuentas vítreas y algunas piezas de latón. El tercer nivel presenta las mismas características sedimentarias que el segundo. Es aquí donde aparecen los entierros y los correspondientes ajuares funerarios. Originalmente, este sedimento habría sido excavado para depositar los cuerpos y las ofrendas, a los que posteriormente se cubrió con sedimentos.

Al excavar el tercer nivel apareció una gran cantidad de piedras lajas. Cabe destacar que en ningún otro entierro de los excavados hasta ese momento en el sitio se había detectado una concentración de estas características. Entre las lajas se detectaron algunos restos de caballo, tubos de latón, chaquiras aisladas, dientes humanos y algunos tiestos. Al retirar las piedras lajas dispuestas horizontalmente (aproximadamente a 46 cm. de profundidad) aparecieron algunos restos humanos desarticulados, cuentas vítreas, un botón de latón y una plancha del mismo material con dos orificios. También huesos de cabra u oveja, gran cantidad de cuentas vítreas, cascabeles de bronce, numerosos y variados elementos de latón (chapas, tubos, brazaletes, un tupu en mal estado de conservación, varios conos) y un punzón de hierro. Algunos de los tubos presentan "in situ" cuentas vítreas en ambos extremos, lo que nos induce a pensar que esta sería la disposición original de los adornos. Continuando la profundización, en el tercer nivel aparecieron dos cráneos humanos y un esqueleto completo correspondiente a un entierro primario. Cabe destacar que ninguno de los dos cráneos mencionados guardaba relación anatómica con el resto del esqueleto. Como parte del ajuar del entierro primario aparecieron cuatro piezas cerámicas¹², tres jarras grises con un asa, dos jarras con engobe rojo, una ollita gris con incisiones (tipo cerámico que hasta el momento no se había detectado en Caepe Malal I), un freno mulero, torteros de piedra, cuentas vítreas y valvas de moluscos de probable origen marino. A la altura del sacro se detectaron "in situ" botones de latón y una hebilla del mismo material que posiblemente corresponden a un cinturón.

La existencia de entierros secundarios estaría vinculada a la utilización estacional del cementerio. Precisamente se había planteado la hipótesis de que el sitio

¹² Las piezas cerámicas consisten en un jarro pato, una olla acanalada junto a un freno mulero. Debajo de la olla acanalada aparecieron falanges articuladas de oveja o cabra, lo que indicaría que el animal fue sacrificado en el momento en que se colocó el paquete funerario.

había sido utilizado en los meses invernales (Hajduk y Biset 1991: 9). En este caso los huesos habrían sido trasladados desde un lugar alejado y luego depositados como un paquete funerario que incluía, además de los materiales óseos, las ofrendas. Sobre este paquete funerario se colocaron piedras lajas horizontalmente y alrededor en forma vertical. Cabe destacar que el acarreo de piedras lajas hasta el sitio es una inversión de energía a tener en cuenta, ya que las mismas no se encuentran en los alrededores inmediatos del sitio.

De las observaciones técnicas e inferencias realizadas surge un panorama mucho más complejo del que se tenía hasta el momento de los rituales mortuorios pehuenches. Así lo atestiguan los nuevos elementos obtenidos en esta campaña: la reutilización de tumbas, la aparición de cráneos fuera de su posición anatómica, la aparición en este sitio de un nuevo tipo cerámico (gris inciso), la existencia de entierros secundarios y el acarreo y disposición de piedras lajas señalizando el sector ocupado por el paquete funerario.

Dadas las llamativas características del sitio se elaboró un proyecto de investigación que incluyó el sitio y el área de la cuenca del Curi Leuvú. En 1986 comenzaron las excavaciones sistemáticas en Caepe Malal, que estuvieron a cargo de los Lics. Adan Hajduk y Ana María Biset (arqueóloga del área de cultura de la Provincia del Neuquén). En esa campaña se excavaron tres tumbas intactas que no tenían señalización externa y contenían cuatro individuos. La descripción de estos enterramientos dan cuenta que de la diversidad de elementos encontrados muchos eran procedía del intercambio con el español. (Varela y Biset 1987: 132).¹³

Los trabajos de campo continuaron y en 1991 se sumó al equipo de arqueólogos la historiadora Gladys Varela y su equipo de investigación, con Luz Font como geógrafa, y quien suscribe esta ponencia¹⁴. Así se dio curso a un proyecto interdisciplinario para el

¹³ El entierro 1 corresponde a una mujer y una niña y estaban rodeadas por 9 piezas de alfarería, algunos con huesos de caballo y otros con incrustaciones de chaquiras de fabricación europea., La mujer adulta tenía muñequeras de metal y un cuchillo de hierro y la niña tenía un tupu de plata y en la mano izquierda tenía un caracol marino. El segundo entierro 2 era de un infante de pocos meses con un collar de cuentas con conitos de metal entre otros elementos y el tercer entierro es de un hombre con chaqueta de fabricación europea con seis botones de letón forrados en tela o cuero, un cuchillo, espuelas de hierro, estribos del estilo chileno y adornos con metal (Varela y Biset 1987: 133-135).

¹⁴ Datos obtenidos del Informe de la campaña arqueológica realizada en el sitio Caepe Malal I. Diciembre de 1997. El trabajo de campo se realizó con el aporte económico de la Dirección General de Cultura de la Provincia del Neuquén. En las tareas de campo participaron cuatro arqueólogos: Adan Hajduk. Estela Cúneo - Directora de Planeamiento e Investigación Cultural de la Dirección General de Cultura del Neuquén-, Claudia Della Negra -arqueóloga de la mencionada Dirección- y la Lic. Ana María Albornoz -arqueóloga de la Subsecretaría de Cultura de Río Negro.

abordaje de un sitio arqueológico sin antecedentes al menos en la región, lo cual exigió redefiniciones teóricas y prácticas.

Los avances de las investigaciones arqueológicas efectuadas en Caepe Malal I han sido objeto de pormenorizadas publicaciones (Hajduk 1991; Hajduk y Biset 1991 y 1996, Varela y Biset 1990, 1991). Asimismo se vincularon proyectos de investigación histórica en el marco de la Universidad Nacional del Comahue (Varela y Manara 1990; 1995; 2000)¹⁵. Luego las excavaciones arqueológicas en la zona se interrumpieron hasta la campaña que se realizó entre el 8 y 23 de diciembre de 1997.

La confrontación de datos

A la luz de investigaciones posteriores, el sitio permite hoy pensar relaciones más amplias y complejas. Pensamos que Caepe Malal es una excelente evidencia de los efectos de las transformaciones de las relaciones hispano-pehuenche fomentadas, por un lado, por las reformas borbónicas y por el otro, por los conflictos intertribales. A su vez, el sitio verifica el rol de intermediarios de los pehuenches en los arcos de ganados que atravesaban las pampas y cruzaban la cordillera y llegaban hasta los mercados de Lima y Potosí, tal como intentamos explicar.

Caepe constituye un notorio caso de la arqueología del contacto y como tal ha aportado al desarrollo de la arqueología neuquina y patagónica así como a una mirada más integral de la historia colonial sudamericana. Es un cementerio que muestra los elementos propios pero en su mayor parte adquiridos e incorporados a su estilo de vida, básicamente por el intercambio fomentado por la política borbónica. Al analizar los aportes historiográficos de Chile y Argentina, observamos que muchos aspectos de las relaciones fronterizas ligadas al espacio neuquino, no habían sido abordados puntualmente. El hallazgo de un sitio arqueológico localizado en Caepe Malal al norte de Neuquén, fue el punto de partida de nuestras investigaciones. La abundante información arqueológica, sumada a una nueva reinterpretación de fuentes clásicas relacionadas especialmente con el mundo pehuenche nos permitió avanzar sobre esos espacios vacíos de información. Una sociedad que no manejaba en gran escala la

¹⁵ Con la dirección de Lic Gladys Varela (Dpto de Historia de la Universidad nacional del Comahue), el primero de los proyectos fue denominado "*Historia Indígena del Noroeste Neuquino*" (1988 y 1990); el segundo "*Modelos de Asentamiento y Ocupación del Espacio de la Sociedad Pehuenche de la Cuenca del Curileuvú, siglos XVIII y XIX*", (1991-1995) y el tercero "*Sociedad Indígena y Relaciones Fronterizas, 1750-1880*", (1996-2000).

metalurgia obtenía elementos muy variados de metal por el intercambio como láminas de metal dorado, que tuvieron variadas aplicaciones como se ve en Caepe. Algunas piezas como una coraza semejante a la del conquistador español pueden querer presentarse a imagen y semejanza del invasor. A su vez, el sitio verifica el rol de intermediarios de los pehuenches en los arreos de ganados que atravesaban las pampas y cruzaban la cordillera y llegaban hasta los mercados de Lima y Potosí, tal como intentamos explicar.

Profundizando en las evidencias disponibles corroboramos también el intenso intercambio de bienes y el mestizaje cultural en el noroeste neuquino y regiones vinculadas. Las parcialidades nativas estaban modificando sus rasgos de sociedades igualitarias a jerarquizadas en las cuales el conflicto y la diferenciación social comenzaba a perfilarse por la presión externa. En la medida que la sociedad comenzaba a diferenciarse internamente, los comportamientos de los lonkos buscaron adaptarse a las innovaciones. Podemos observar cambios y continuidades en los liderazgos y esto se refleja en el patrón de asentamiento y en las modalidades de negociación e intercambios por lo que el caso no puede ser reducido ni simplificado siguiendo las categorías clásicas (Varela y Manara 2003).

Los *pehuenche* se convirtieron en pastores ecuestres, aprendieron a conocer y perfeccionar las prácticas de caza y cría de animales y organizaron sus actividades en un ciclo anual estimulado por la búsqueda de aguadas y abundantes pasturas para sus arreos. El arreo de los ganados, la sal y los tejidos permitían a las poblaciones *pehuenche* acceder a bienes foráneos, de tipo “suntuarios” que formaban parte del ajuar personal del individuo, como armas, adornos y platería, lo cual se verifica muy bien en la diversidad y abundancia de materiales hallados en Caepe Malal. Elementos que a su vez podían ser pretendidos por otros grupos que no accedían de igual modo y generan malones para obtenerlos.

Comentarios finales

Hasta donde se ha expuesto, intentamos comprender la resistencia de los *pehuenche* frente a las estrategias de la política colonial. En el mayor de los desempeños borbónicos por reformular los modos de la conquista, los lonkos nativos buscaron reposicionarse para mantener la autonomía y el control de sus recursos. La alianza hispano-pehuenche muestra claramente la intención de ambas partes por acordar beneficios disminuyendo los efectos de la guerra.

Es significativo destacar que estos acuerdos no cesaron al decaer el orden colonial sino que siguieron vigentes en el proceso revolucionario porque el nuevo orden republicano proyectaba no reconocerlos. Por lo tanto, se planteará, de forma inédita, la convivencia de las fuerzas hispanas en los valles andinos pehuenche para enfrentar a los revolucionarios de Santiago de Chile y Buenos Aires. (Manara 2005; 2008)

Creemos que la articulación y confrontación de fuentes escritas y arqueológicas mejora notoriamente las posibilidades interpretativas del proceso en estudio. El sitio de Caepe Malal verifica concretamente los datos de variados cronistas que transitaron por la región y zonas aledañas. La sumatoria de evidencias nos permite percibir los efectos directos del accionar borbónico en las fronteras no controladas y la incidencia sobre a los grupos nativos resistentes.

El proceso articula a la sociedad hispano criolla e indígena en un contexto histórico- geográfico mucho más amplio e interactuante de lo que suele pensarse. Desde la perspectiva planteada buscamos comprender la dinámica de la región en estudio como una unidad en movimiento por encima de las barreras geográficas, administrativas o políticas comprobando que el cordón cordillerano actuaba como eje vertebrador de un espacio socio y conómicamente integrado. Así la ocupación el control del espacio a la usanza pehuenche adquiere rasgos particulares como paso obligado y nudo de caminos para amplios circuitos mercantiles activados por las demandas de los centros coloniales. Estas características requiere una revisión de arraigados conceptos y una mirada diversificada dentro de los modelos establecidos.

Bibliografía citada

- ALVAREZ, Gregorio (1972). *Neuquén. Historia, Geografía y Toponimia*. Bs As., Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, T I.
- ASSADOURIAN, Carlos (1982). "Integración y desintegración regional en el espacio andino. Un enfoque histórico." En: *Sistema de la economía colonial*. Lima, I.E.P, Cap. 3, pp.109-134.
- AGUERRE, Ana María y TAPIA, Alicia (comp.) (2002) *Entre médanos y caldenes de la pampa seca. Arqueología, historia, lengua y topónimos*. Bs. As., UBA.
- ARRIAGADA CORTES, Fernando (1992). *Los Franciscanos de Chillán ante el proceso emancipador*. Santiago de Chile, Archivo Franciscano.
- BISSET, Ana María y VARELA, Gladys (1991). "El sitio arqueológico de Caepe Malal. Una contribución para el conocimiento de las sociedades indígenas del noroeste neuquino en el siglo XVIII". En BOSCHIN, M.T.(comp.): *Cuadernos de Investigación. Arqueología y Etnohistoria de la Patagonia Septentrional*. Tandil, IEHS, pp. 36-48.
- CASANOVA GUARDA, Holdenis (1996). "La alianza hispano-pehuenche y sus

repercusiones en el macroespacio fronterizo sur andino 1750-1800". En: Pinto Rodríguez, J. *Araucanía y Pampas*. Temuco, Ed. Universidad de la Frontera.

CASANOVA GUARDA, H. (1988). "Presencia Franciscana en la Araucanía. Las misiones del colegio de Propaganda Fide de Chillán". En: *Misioneros en la Araucanía, 1600-1900*. Temuco, Chile, Ed. Universidad de la Frontera..

CRUZ, Luis de la (1969). "Tratado importante para el perfecto conocimiento de los indios pehuenches, según el orden de su vida". En: De Angelis, (comp.). *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia del Río de la Plata*. Bs. As., Plus Ultra.

ESPIÑEIRA, Pedro Angel (Fray) (1988). "Relación del viaje y misión a los Pehuenche, 1758". En: Pinto Rodríguez y otros: *Misioneros en la araucanía. 1600-1900*. Temuco, Ed. Universidad. de la Frontera.

HAVESTADT, Bernardo (1930). "Itinerario del viaje apostólico del Fray... en el norte del país de los Pehuenches" .En San Martín, Felix: *Neuquén*. Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial (traducción).

HAJDUK, Adan (1996). "Las cuentas vítreas del sitio arqueológico Caepe Malal I (Departamento Chos Malal, Neuquén) como indicadores temporales". En BOSCHIN. M.T. (comp.): op.cit., pp 36-48.

HADJUK, Adán y BISET, Ana María (1991). "Principales características del sitio arqueológico de Caepe Malal I, valle del Río Curileuvú- Departamento Chos Malal (Pcia de Neuquén)". En: *Arqueología y Etnohistoria de la Patagonia Septentrional. Cuadernos de Investigación del IEHS*, Universidad Nacional del Centro de la Pcia. de Buenos Aires.

HAJDUK, Adan y BISET, Ana María (1996). "El sitio arqueológico Caepe Malal I (cuenca del río Curí Leuvú), Provincia del Neuquén". En GOMEZ OTERO, Julieta (comp.): *Arqueología. Solo Patagonia*. Puerto Madryn, CENPAT-CONICET, pp.77-87.

LUMBREERAS, Luis Guillermo (2004). "Arqueología social latinoamericana". En Austral, Antonio y Tamagnini, Marcela (comps). *Problemáticas de la arqueología contemporánea*. Córdoba, Universidad Nacional de Río Cuarto, pp. 47-55.

MANARA, Carla (2005). "La frontera surandina: centro de la confrontación política a principios del siglo XIX". En: *Mundo Agrario*, Universidad Nacional de La Plata (UNLP), N° 10.

MANARA, Carla (2008). "Las fronteras surandinas como último enclave de la resistencia monárquica (1810-832)". En *Revista de Historia*. Facultad de Humanidades. N° 11, pp.53-71.

MANDRINI, Raúl (1991). "Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana. Siglo XVIII-XIX. El caso del sureste bonaerense". En: *Boletín Americanista*. Barcelona, N° 14.

MANDRINI, Raúl (1998). "Guerra y paz en la frontera bonaerense durante el siglo XVIII. Algunas reflexiones". Tandil, IEHS..

MANDRINI, R. y REGUERA, A. (eds.) (1994). "Las transformaciones de la economía indígena bonaerense (1600.1820)". *Huellas en la tierra*. Tandil, IEHS.

MENDEZ BELTRAN, Luz María (1982). "La organización de los parlamentos de indios en el siglo XVIII". En. VILLALOBOS, Sergio y otros: *Relaciones fronterizas en la Araucanía*. Santiago de Chile, Ed. Univ. Católica de Chile.

PINTO RODRIGUEZ, Jorge (1998). "La Araucanía", 1750-1850". En: PINTO RODRIGUEZ, J.: (Ed.): *Modernización, Inmigración y Mundo Indígena*. Temuco, Chile, Ed. Univ. de la Frontera.

LEON SOLIS, Leonardo (1990). *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las pampas, 1700-1800*, Temuco, Ed. Universidad de la Frontera.

VALENAZUELA MÁRQUEZ, Jaime (2005). "Los franciscanos de Chillán y la

independencia: avatares de una comunidad monarquista”. *Historia* N° 38, Santiago de Chile, Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, Vol. I, pp. 113-158.

VARELA, Gladys (2002). “El viaje de Luis de la Cruz a través de tierras pehuenches del Neuquén”. En: AGUERRE, Ana M. y TAPIA, Alicia (comp.) *Entre médanos y caldenes de la pampa seca. Arqueología, historia, lengua y topónimos*. Bs. As., UBA.

VARELA, Gladys y BISET, Ana María (1991). *Modelos de asentamiento y ocupación del espacio de la sociedad pehuenches del siglo XVIII: La cuenca del Curi Leuvú, Provincia de Neuquén*. Serie Investigación Cultural del Ministerio de Educación y Cultura de Neuquén.

VARELA, Gladys y BISET, Ana María (1992). "Los pehuenches en el mercado colonial". En: *Revista de Historia*, 3, Neuquén, Univ. Nacional del Comahue, pp.149-157.

VARELA, Gladys y BISET, Ana María (1993). "Entre guerras, alianzas, arreos y caravanas". En: BANDIERI, S., FAVARO, O. y otros: *Historia del Neuquén*, Cap. II, Buenos Aires, Plus Ultra.

VARELA, Gladys y MANARA, Carla (2000).: “En un mundo de frontera. La guerrilla realista-chilena en territorio Pehuenche (1822-1832)”. En: *Revista de Estudios Trasandinos*, año IV, Santiago de Chile, pp. 341-363.

WEBER, David (1998). "Borbones y bárbaros. Centro y periferia en la reformulación de la política de España hacia los indígenas no sometidos". En: *Anuario IEHS*. Facultad de Ciencias Humanas, UNCPBA, Tandil, N° 13, pp. 147-171.